

III

La poesía lírica.—El platonismo: Lamartine.—El clasicismo: Delavigne.—Supervivencia de la Enciclopedia: Béranger.—El arte aristocrático: Alfredo de Uigny.—Sainte Beuve.—La última expresión romántica: Alfredo de Musset.

EL que venía á renovar la poesía y á expresar el estado general de conciencia que siguió á la caída del Imperio, Alfonso de Lamartine (1), tenía un gran antecedente: era lo menos literato posible, en el sentido profesional de la palabra. Hízose literato años después, compelido por la inexorable necesidad; pero cuando apareció en escena, nadie como él pudo compararse en frescura á la violeta silvestre. Chateaubriand, al publicar su primer libro, poseía ya un pasado literario, relación y

(1) Alfonso María de Lamartine. Nació en Macon en 1790; murió en París en 1869.

trato con gente del oficio, esbozos y manuscritos guardados en carpetas; no así Lamartine. Influencias del hogar y de la religión; una infancia tranquila y dulce pasada en el campo, en la solariega residencia de Milly; una madre amante y tierna, empapada en las teorías pedagógicas de Juan Jacobo; un colegio católico, el de Belley, formaron apaciblemente el alma de Lamartine. La revolución no pudo hacerle pesimista como al conde de Maistre, porque Lamartine estaba en la cuna cuando regía el Terror; en cambio, el Imperio, su seco positivismo y su brutalidad de acción, le lastimaron y repugnaron.

Contaba Lamartine treinta años ya; había servido en los Guardias de Corps, había viajado, amado á la supuesta Elvira, y no había impreso ni un renglón desigual. Un amigo suyo, publicista, acertó á ver sobre su mesa un manuscrito: eran las *Meditaciones*. Tan ajeno estaba á sospechar que Lamartine compusiese versos, que le preguntó si aquellos eran suyos; leyólos con sorpresa, con asombro, con éxtasis; amenazó con publicarlos, y Lamartine se alarmó sinceramente. Trazadas aquellas estrofas para desahogar su corazón, para evocar un recuerdo querido, para derramar la plenitud del alma, no aspiraba á la celebridad, y hasta temía profanar sus sentimientos más puros si entregaba á la multitud lo que debe guardarse sellado en lo íntimo. Este recato, este miedo á rasgar el velo de la poesía y al par los estrechamientos de la vocación poética, nadie los

contará mejor que Lamartine mismo; oigámosle: «Siempre recordaré — dice en su lírico estilo — las horas pasadas en la linde del bosque, á la sombra del silvestre manzano, ó corriendo por las colinas, en alas del interior entusiasmo que me devoraba. La alondra cantora huía impulsada por el viento; así mis pensamientos arrebatában mi alma en un torbellino incesante. ¿Eran mis impresiones de tristeza ó de alegría? No lo sé. Participaban á la vez de todos los sentimientos; eran amor y religión, presentimientos de la vida futura, gozo y lágrimas, desesperación y esperanza invencible. Era la naturaleza que hablaba á un corazón virgen; pero, en suma, era poesía. Yo trataba de expresar esta poesía con versos, y estos versos no tenía á nadie á quien leerlos; me los leía á mí propio, y encontraba, con dolor y asombro, que no se parecían á los demás que yo veía por ahí en los tomos flamantes recién publicados. Y pensaba: no van á hacer caso de los míos; parecerán raros, extraños, locos; por lo cual, apenas borrajeados, los quemaba. He destruído así tomos enteros de esta primera y vaga poesía del corazón, é hice bien, pues si los publicase caerían en ridículo y concitarían el desprecio de los que alardeaban de literatos entonces.»

He citado estas palabras del poeta porque el estado de exaltación en que se pinta, el transporte que le causan las voces de la naturaleza es un fenómeno general de 1815 á 1820: reinaba entonces indefinible inquietud, y aspiraba

á concretarse en forma poética y musical, como sólo podía expresarla Lamartine. A la generación sanguínea del Imperio sucedía la generación nerviosa, sentimental y neocristiana de la Restauración; y el joven obscuro y desconocido que rasgaba ó quemaba sus versos según iba componiéndolos, iba á encarnar en estrofas deliciosas esas aspiraciones de su edad, iba á exhalar los sollozos divinos; se preparaba á sustituir las cuerdas de la lira mitológica con fibras del corazón humano.

Por muy espontáneo que fuese Lamartine al aparecer en el horizonte de la poesía, tuvo antecesores y confesó maestros; no sólo le precedieron las tiernas elegías de Millevoye, en especial la titulada *La caída de las hojas*, sino también, y muy principalmente, Bernardino de Saint-Pierre, el Tasso, Osián, Goëthe con su Werther, influyeron en la formación del genio lamartiniano. Sólo que en Lamartine estas influencias pierden el carácter de literarias: van á depositarse en el sentimiento, no en la memoria, y en vez de dictar imitaciones más ó menos felices, infunden un modo de ser que es ya genial y propio, cuando por primera vez se manifiesta. Si Lamartine atravesó ese período en que un poeta titubea siguiendo los pasos de otro poeta, jamás lo sabremos, porque al publicarse las *Meditaciones* ya no se proponía modelo, sino que producía obra perfecta en sí, donde se revela de una vez el gran poeta nuevo, superior al pasado, igual únicamente á sí mismo.

En este respecto, Lamartine se diferenciaba de cuantos le habían precedido, de los románticos de la época imperial. Ni Chateaubriand, que practicó el romanticismo sin entender ni aceptar su teoría; ni la Staël, que definió y teorizó el romanticismo sin practicarlo, consiguieron desechar el lastre del siglo XVIII que llevaban como se lleva al cuello una piedra pesada. El primer romántico puro y sin aleación de clasicismo, y el primer cristiano sin mezcla de paganismo ni de rebeldía, es Lamartine.

Los temas de la poesía de Lamartine se reducen á dos principales, y que acaban por fundirse: Dios y el amor. Una de las fuentes más secas y más cubiertas por arena infecunda y abrasada en el siglo XVIII, fué el amor humano. De él habían hecho asunto para estampitas galantes, tema para madrigales libertinos, en que la frivolidad de la forma no acertaba á velar el descarnado materialismo del fondo. Parecerá á primera vista que no cabe juzgar á una sociedad según su manera de entender, describir y expresar por medio del arte el sentimiento amoroso; y, sin embargo, hay pocos síntomas tan elocuentes y tan significativos para el observador: como se siente, así se vive, y esto lo veremos más probado cuanto más penetremos y avancemos en el conocimiento de la literatura francesa. Aquella aridez de la época de Voltaire, sólo contrastada por las expansiones equívocas de Rousseau; aquella licencia del Directorio, aquel cortejar

á paso de ataque del Imperio, son característicos. De manera bien distinta sentía ya la generación de Lamartine, la que entre 1820 y 1830 sufría las borrascas del corazón y el ansia de lo infinito; y el poeta que encerró en estrofas melodiosas la forma de su manera de sentir, aparece como un revelador, casi como un apóstol. En la poesía de Lamartine, el amor es una especie de efusión platónica que se eleva hasta la religiosidad y que por el camino de la exaltación sentimental viene á abismarse en Dios. Las almas de los enamorados píntalas Lamartine ascendiendo juntas al través de los ilimitados espacios sobre las alas del amor y, convertidas en un rayo de luz, caen transportadas en el santuario de la divinidad, y se confunden y mezclan para siempre en su seno. Es un reflejo del Paraíso de Dante, que embalsama el lirismo moderno, y aspira á remontarse hasta Platón y la escuela alejandrina, cuyas doctrinas bebía Lamartine en las lecciones de Víctor Cousin, ya que no en el texto mismo del filósofo de la armonía y la pureza.

Al lado de este culto y del amor que le ganó los corazones de las mujeres y de la juventud—según él mismo solía decir—, Lamartine envió al cielo el incienso de otro culto: el de la inspiración, el de la Musa. Los versos de Lamartine, aquellos que ocultaba y se resistía á entregar á la curiosidad del vulgo, eran como holocausto ofrecido á una deidad, como el himno que entonan los brahmanes alzando las manos en figura de copa. Hay que leer la pro-

testa de Lamartine cuando le acusaron de poner su musa al servicio de las pasiones políticas. «¡No—exclama—, no he cortado yo las alas del ángel para amarrarlo aullando al carro de las facciones. Lo que hice con la Musa fué conducirla á lo más secreto de la soledad, como hace con una cándida hermosura un celoso amante; defender sus lindos pies de los guijarros y del barro de la tierra, que herirían y mancharían su tierna desnudez; ceñir su frente de inmortales estrellas; perfumar mi corazón para albergarla, y no permitir que bajo sus alas se cobijasen sino el amor y la oración!»

Cuando el amigo que sorprendió el manuscrito de Lamartine consiguió llevárselo á la imprenta: cuando cayó su maná celeste sobre las almas que peregrinaban en el desierto; cuando las ondas del lago lamartiniano derramaron su frescura misteriosa, esencia de la poesía misma, estalló un clamor de entusiasmo. Muchos no habían encontrado esperanza ni consuelo en las demostraciones apologéticas del *Genio del Cristianismo*, ni en las flamígeras visiones y vaticinios del conde de Maistre, pero sintieron penetrar hasta los huesos el dulce rocío de los versos de Lamartine, y lloraron, como lloró Alfredo de Musset en una negra noche de desesperación, al escuchar su acento divino, Lamartine había nacido para ser un foco que atrajese los rayos dispersos de la simpatía; poeta elegiaco, nada tuvo de misántropo, ni su dolor y sus quejas se parecen en cosa alguna al amargo esplín de René, ni al

tedio de Werther. Lamartine es un creyente, aunque por momentos desfallezca y dude; un alma embebida de resignación y paz; un optimista que se entrega en brazos de Dios; uno de los que no han renegado, ni blasfemado, ni escupido al cielo; de los consoladores, de los que llevan en las manos el bálsamo de nardo para unguir á la humanidad, aunque al verter la fragante esencia la mezclen y disuelvan con sus lágrimas. Sencillo, espontáneo, revestido de paciencia y conformidad, pero siempre noble. Muchos tienen á Lamartine por el poeta más verdadero del período romántico, en el cual representa el lirismo, el elemento íntimo de la poesía, el que revela el alma; y no un alma excepcional, ulcerada y misantrópica como la de un Byron ó la de un Alfredo de Vigny, sino un alma-espejo, donde todos ven reflejarse la suya propia, y cuyas efusiones, por lo mismo, tienen que ser en alto grado humanas y universales. Lamartine gozó de este privilegio, porque, según la feliz expresión de un crítico francés, al hacerse centro del mundo no olvidó que el centro supone la circunferencia. Desde Lamartine, la poesía, y en general la literatura, van paulatinamente desviándose del público, situándose aparte y fuera de él, hasta llegar á completo divorcio y, más tarde, á oposición. Hubo otros poetas más populares que Lamartine en un momento dado, por ejemplo, Víctor Hugo; más predilectos de la juventud, y lo fué Alfredo de Musset; más familiares al vulgo, más corrientes y burgueses, y lo fué Béranger; pero más dul-

amente pegados al corazón que Lamartine, más en armonía con un sentimiento general perenne, que ni depende de las vicisitudes políticas, ni de las escuelas literarias, sino de un fondo moral y religioso constante en nosotros sin que nos demos cuenta de su presencia, no los hubo entonces, y ¡quién sueña en que lo haya ahora!

Lamartine era simpático, cualidad difícil de analizar, como no sabemos analizar la sensación del calor, pero que á manera de calor se percibe y siente. Simpático, no al estilo del calvatuerno Alfredo de Musset, que escandalizaba á las gentes timoratas, ni al del pedestre Béranger, sino al modo que es simpático un caballero noble y apuesto, algo melancólico, á quien atribuimos sentimientos elevadísimos, en quien no podemos concebir acción grosera ni baja. El nombre de Alfonso de Lamartine tiene el sonido del órgano de una catedral al anochecer.

Tal vez el secreto del atractivo de Lamartine consista en que, efectivamente, fueron sus versos melodías de órgano, música religiosa, y su alma, á pesar de ciertos dejos panteísticos, un alma empapada en Cristo.

Las virtudes que emanan de la poesía de Lamartine, especialmente de las *Meditaciones* y de las *Armonías*, son la resignación, la oración, la castidad, la paciencia y un cristianismo exento de toda pasión política, sin tendencias reaccionarias. Es realmente angélica en sus primeras poesías y en mucha parte de *Jocelyn* la inspiración de Lamartine.

No extrañemos que cuajase pronto la leyenda de Lamartine, y que la figura del gran idealista se idealizase, convirtiéndose en algo inmaterial y etéreo. Lemaitre describe al Lamartine de la leyenda «pío, célico, lánguido, afeminado, de pie sobre un promontorio, entre nubes, el cabello flotante, el arpa de David apoyada contra el luengo levitón». Era el cisne, que no se comprende sino bogando en el lago azul, á la sombra de los pensativos sauces; á su nombre latían apresuradamente los corazones femeninos, y de los rincones de provincia, de ciudades arcaicas semejantes á las que describe Balzac en algunas de sus novelas, recibía Lamartine cartas henchidas de suspiros, con tímidas declaraciones y petitorios de rizos de pelo, ó cuadernos de poesías donde un alma solitaria exhalaba sus querellas imitando las estancias de las *Meditaciones*, y queriendo seguir al poeta al través del espacio.

El verdadero Lamartine en nada se parecía á ese sér espiritado y quimérico. Era el Lamartine real y efectivo un hombre sano y de arrogante presencia, alto, esbelto y musculoso; su temperamento equilibrado se debía á los años de infancia y juventud pasados en el campo y á una sangre rica y pura. La vida agreste, la caza, el ejercicio, semanas enteras en el monte, entre los pastores de ovejas, le robustecieron el cuerpo; el cariño de sus hermanos y su madre le saneó el corazón. No se crió pegado á las faldas, ni con la candidez seráfica que la leyenda le atribuía; vivió, antes de la

celebridad, á estilo de señorito de provincia, de alegre estudiante que tiene aficiones literarias, que opta á premios de juegos florales, que corre aventurillas amorosas, que juega alguna vez, contrae deudas y escribe á su madre para que le saque de apuros. La leyenda, lo mismo que el arte, transforma cuanto toca. Así, Lamartine, para sus fervientes admiradores, las damas que le adivinaron poeta y prepararon con triunfos de salón otros universales, fué un caballero del Cisne. Nunca debemos pisotear una leyenda, sino acariciarla y llevarla en el seno, á estilo de gusano de seda que ha de hilar la materia primera de una tela riquísima. En una de sus poesías, Lamartine, de quien se ha dicho satíricamente que poseía el don de la inexactitud, y que bordaba sus recuerdos hasta desfigurarlos, habló de cierta yedra tupida que tapizaba las paredes de su casa de Milly. Jamás había existido tal yedra; pero la madre del poeta, con piadosa mano, apresuróse á plantarla, y hoy se enseña al viajero. La madre del poeta, al plantar la yedra, colaboró para el ideal.

Del hidalgo campesino y del cazador que duerme en la majada y se levanta con estrellas, aparecen rastros á cada instante en los versos de Lamartine. Familiarizado con la naturaleza, la sintió y describió con efusión piadosa, y el fondo campestre de *Jocelyn* es su mayor encanto. Las estrofas de Lamartine, si á veces huelen á inciense, otras veces trascienden á heno recién segado. No es Lamartine,

sin embargo, un paisajista de profesión; el paisaje le sirve de fondo, nunca de asunto; y si en otros poetas la tierra pesa y las montañas abruman, en Lamartine todo es vaporoso y flúido; con razón se ha dicho de sus descripciones que tienen por objeto hacer leve, y como á flor de sentidos, la sensación.

Rebosa Lamartine espontaneidad y facilidad, que á veces rayan en negligencia. Improvisador genial, no trabaja sus versos á cincel y martillo como Víctor Hugo: los canta. La blandura y la ondulación, la penumbra y el misterio de la cadencia de las cláusulas, delicadamente engarzadas en diamantina y sutil cadena, son las dotes de Lamartine, poeta sugestivo ante todo; por ellas se explica el actual renacimiento lamartiniano, el culto que los decadentistas rinden al cantor de Elvira. En sus versos saborean la dulzura del período lento y flexible, que puede compararse al *largo assai* en la melodía; de él podrían aprender la voluptuosa languidez y la incidencia suave; en él encuentran la exquisita *morbidezza*, la estrofa indecisa de contornos, vista á la claridad de la luna y como al través de un velo de encaje: el anhelo del decadentismo, para eterna desesperación de sus adeptos, realizado por un poeta natural, sencillo y sincero, de quien se ha dicho que por momentos hasta parece un poeta primitivo, poseedor de la abundancia caudalosa y la inocencia juvenil que caracteriza á las edades pastoriles y agrícolas del mundo.—Este sabor primitivo de Lamartine se

ha demostrado comparando trozos de sus poesías á otros sacados de los antiquísimos poemas indios, el Mahabarata, el Ramayana y el libro sagrado de los Vedas.

En todo autor fecundo hay una ó dos obras que se destacan de entre las demás, ó por expresar mejor su ser artístico, ó por ejercer mayor acción literaria. De Chateaubriand escogeríamos, como influencia, el *Genio del Cristianismo*, y *René*, por lo bien que descubre el alma del poeta. Las dos obras significativas de Lamartine son las *Meditaciones* y *Jocelyn*. En las *Armonías* se aísla del mundo, es abstracto y metafísico; en las *Meditaciones*, tierno y claro. *Jocelyn*, anunciado como episodio de un poema interminable, del cual era otro fragmento suelto *La caída de un ángel*, causó transportes parecidos á los que acogieron las *Meditaciones*: el sacrificio del cristiano, el platonismo del enamorado, la caridad heroica del sacerdote, despertaron ese entusiasmo ardoroso y refrigerante á la vez que causa la obra de arte cuando se armoniza con lo más elevado y noble de nuestro ser moral, y nos hace estrechar en un solo abrazo la bondad y la belleza, hermanas no siempre unidas. Abarcarlas juntas, es el sueño que hizo soñar Lamartine, y el alma humana se lo agradeció.

No cabe aquí un estudio completo de las obras de Lamartine; son tantas, que hasta la lista parecería enfadosa. Si desde el año 48 puede decirse que su misión poética terminó, hasta la hora de su muerte. hasta los setenta y nue-

ve de su edad, siguió produciendo, apremiado por las deudas. Poseía el peligroso don de la facilidad y la fluidez de estilo; brotábale la elocuencia con limpidez de manantial. Las obras de Lamartine que han dejado memoria son, sin duda: en verso, las *Meditaciones* y las *Armonías*; en prosa, la *Historia de los Girondinos*, las *Confidencias* autobiográficas, con los encantadores episodios de *Graziella* y *Rafael*, y algunas páginas insuperables que se encuentran en las *Biografías*, entre ellas la semblanza de Fenelón, de tanta felicidad expresiva como un buen retrato al óleo. Lo demás es trabajo encargado por los editores, cobrado con una mano y entregado con otra á los acreedores impacientes: no hay para qué hablar de él, como no sea para lamentar que á tal extremidad se viese reducido el Cisne.

Lamartine no sabía calcular; era fastuoso y liberal como un magnate, y aunque en algunos de sus biógrafos se lee que casó con mujer rica, lo cierto es que ni aun tuvo esa previsión: tomó esposa —son sus propias palabras, y no hay motivo para dudar de ellas— «para ordenar severamente su inútil existencia; para vivir según las leyes establecidas, divinas y humanas; porque los días corren, los años se van, acábase la vida, y necesitamos para ella un objeto, y objeto elevado, á fin de agradar á Dios, fuera del cual todo es nada. Así encontraremos la paz del alma y la verdad interior». Excelente era el propósito, pero al ordenar el corazón y las pasiones, no supo Lamartine ordenar la

bolsa: tuvo la imprevisión de la cigarra, que canta y no entroja para el invierno. A Lamartine, por otra parte, no le estaría bien el papel de hormiga. Su viaje á Oriente lo realizó con la magnificencia de un soberano: aspiraba á la aureola que los países lejanos dan á los peregrinos de la poesía, y que si no era la ganada en Grecia por Byron, podía competir con la que de América trajo Chateaubriand. Después, la caída de los Borbones y el advenimiento de la rama de Orleans le empujaron á la política; su campaña tribunicia fué brillante y no tan vacía de ideas como algunos aseguran: su conducta honrosa y hasta heroica; su papel, decisivo en la Revolución de 1848. Esta página de la vida de Lamartine merece ser estudiada. Existe hoy una escuela fundada y capitaneada por el profesor italiano César Lombroso, que sostiene y pretende probar con datos estadísticos, por cierto muy incoherentes y nada exactos, que el genio es una psicopatía, y los individuos superiores ó progenerados, á manera de dementes, que doran su enfermedad con la luz de la gloria. Los escritores y poetas que por ahora hemos conocido, en estas páginas, dan un mentís á la teoría de Lombroso. No diré que en Rousseau y en Chateaubriand no hubiese algo anormal y psicopático: pero en la Staël, en Lamartine (y de seguro en Víctor Hugo, Jorge Sand y Alejandro Dumas) comprobamos y seguiremos comprobando una salud mental á prueba del trabajo más asiduo, y una óptima complexión que da por fruto longevidad envi-

diable y senectud fecunda. De estos individuos normales en todo, excepto en el genio, el más normal, el más firme de sentimiento y de espíritu es acaso Lamartine. Su vanidad inofensiva, su indulgencia y su desprendimiento, no son anomalías, sino accidentes de un carácter abierto y generoso, que infundía respeto y cariño visto de cerca. La medida de ese carácter la dió en pocas horas; pero horas decisivas y críticas. «No conozco nada más bello ni más heroico—escribe Lemaitre, en su completo estudio dedicado á Lamartine—, no conozco nada más digno de ser vivido que los cuatro meses de poder de Lamartine, después de que, con la *Historia de los Girondinos*, derrocó un trono. Cosa inverosímil, que ya sólo concebimos en las antiguas Repúblicas: Lamartine reinó efectivamente por medio de la palabra. El día en que, acorralado contra una puertecilla del Hotel de Ville, de pie sobre una silla de paja, viendo cómo le apuntaban los cañones de los fusiles, accionando con un solo brazo mientras con el otro estrechaba á un hombre de la plebe, un andrajoso que se deshacía en lágrimas; el día en que, oponiéndose al populacho, ciego é irresistible como el mar, lo contuvo con frases y arrancó la bandera roja de manos del motín, el mito de Orfeo fué realidad, y Lamartine tan grande cuanto cabe que lo sea el hombre.»

Pasó aquel momento; retiróse á la vida privada Lamartine, y, uncido el Cisne á un carro de labor, empezó á ganarse la vida como hu-

milde jornalero de las letras. Escribió en la cama, para evitar el frío; escribió al dictado, al lápiz, al vuelo, sin tregua ni reposo: novela, historia, biografía, autobiografía, confesiones, crítica, drama, libros de vulgarización y hasta no sé si textos para las escuelas de niños. Hay una página de las *Nuevas Confidencias*, que no puede leerse sin pena; en ella refiere Lamartine cómo, después de haber vendido las primeras *Confidencias* para descargar de hipotecas la amada posesión de Milly, el asilo de su infancia, el sepulcro de sus padres, sus *Charmettes*: después de entregar á la voracidad del público migajas de su corazón; después de ser acusado de impudor, de inconveniencia y de mal gusto, nada menos que por Sainte Beuve, el sacrificio había sido estéril, el precio no alcanzó á salvar la finca, y Milly se vendió... «Alégrese mis detractores» exclama Lamartine, con amargura en él extraña... Sólo dos años antes de su muerte, en 1867, se determinó Francia á ofrecer, á título de recompensa nacional, una renta anual de cinco mil duros al hombre que había evitado el derramamiento de sangre y las trágicas escenas de la revolución desencadenada en París; al que salió del Poder con las manos limpias y alta la frente, y al que en ella ostentaba una corona de laurel inmarcesible. Fué el óbolo de Belisario; y así y todo, honra á la Nación que lo votó, no porque suponga gran liberalidad—todos sabemos cómo suele repartirse el presupuesto—, sino porque supone reconocimiento de jerarquía, lo más raro en estos tiem-

pos de igualdad presuntuosa y desigualdad arbitraria.

El renacimiento cristiano tuvo de su parte, como hemos visto, á Chateaubriand y Lamartine, y no olvidemos que también á Víctor Hugo en sus primeros años. Sin embargo, no cabía unanimidad en una generación mal purgada de las doctrinas del siglo XVIII. La contrarrevolución fué poderosa, sobre todo en los años del Imperio y en los primeros de la Restauración monárquica; pero ya vuelve á levantar cabeza el jacobinismo.

Sin salir de los dominios de la poesía lírica, vamos á encontrar estas tendencias, representadas por Casimiro Delavigne y por Béranger.

Casimiro Delavigne se hizo popular dos años antes que Lamartine con las *Mesenianas*, elegías patrióticas, donde, como refieren los *Viajes del joven Anacarsis* que lamentaban los mesenios su decadencia y opresión, el poeta lloraba la afrenta de la Patria, sometida al yugo extranjero; la rota de Waterlóo; la destrucción del veterano ejército, vencedor en cien campañas, y evocaba la mística figura de Juana de Arco, la Valkyria de las Galias, para echar otra vez de Francia á los invasores. Delavigne fué un poeta mediocre, y no le nombraría yo aquí si no hubiese acertado á iniciar, con Béranger, la apoteosis de la gloria militar y la rehabilitación poética del Imperio, tendencia más tarde difundidísima en Francia.

Mientras el Imperio existió, y Napoleón

pesó sobre los destinos de Francia y de Europa, hízose aborrecible á los poetas y á los artistas, hasta á los mismos que pensionaba; apenas cayó precipitado de su columna, y probó, como decía Manzoni, el triste destierro, la epopeya napoleónica se impuso á la imaginación y se hizo carne con la Patria. Las *Mesenianas* tuvieron la suerte de interpretar el sentimiento nacional, menos difuso, más enérgico y acérrimo que otros sentimientos humanos. Acordóse Delavigne, como se acordó entre nosotros Quintana, del ejemplo de Píndaro; comprendió que las circunstancias, cuando son extraordinarias y de dignidad suma, pueden inspirar á los poetas, y fué el vate de circunstancias, que sigue el filo de la opinión, que da forma y voz á la cólera y á la esperanza de un pueblo. Arrastrado por la ola patriótica, contribuyó á encresparla. De ahí dimanó su popularidad; de ahí también su caducidad; por eso, veinte años después de su muerte, sus obras dormían ya bajo una capa de polvo, y no se pensaba en reimprimir aquellos *Mesenianas* tan celebradas un tiempo. Aunque se dijo de Delavigne, con notable exactitud, que representó en arte, en política y hasta en su vida llana y vulgar el justo medio, que ni fué clásico ni romántico, que encarnó el eclecticismo—las tendencias de su musa, rebasando los límites del liberalismo vago y benévolo, llegaron al jacobinismo sano—. La campaña contra los *hombres negros*, como llama Béranger á los jesuitas, la sostuvo en la poesía seria Delavigne; á su voz,

surgió de la tumba el amarillento espectro de Voltaire.

Pedro Juan de Béranger (1) es otro enemigo, más encarnizado y temible aún, de la monarquía restaurada, de la aristocracia de sangre y del catolicismo; en general, de la contrarrevolución. Procedía Béranger, por filiación intelectual, del siglo XVIII; había asistido, en tiernos años, á la formidable escena de la toma de la Bastilla, y sus biógrafos aseguran que el canto de la Marsellesa le arrancaba lágrimas. Hay en Béranger una nota propia: mientras la literatura, desde la Revolución hasta los primeros años de la Restauración, es obra de la clase aristocrática, ó al menos ennoblecida, y la lista de los grandes escritores parece una página de la Guía—vizconde de Chateaubriand, vizconde de Bonald, conde de Maistre, baronesa de Staël, conde de Vigny, conde Hugo—, únicamente Béranger hace brillar en las letras un nombre francamente plebeyo—*vilain et très vilain*—, como decía al jactarse de que su abuelo era un pobre sastre. No se parecía en esto á su maestro Voltaire, que no pudo resignarse nunca á no figurar entre la nobleza que se remonta á las Cruzadas. Si Béranger no pregonase su baja extracción y su educación deficiente, podríamos adivinarlas en sus canciones, tan á menudo adocenadas y groseras en el sentir, tan inficionadas de mal gusto y ordinarietz. A

(1) Pedro Juan de Béranger.—Nació en París en 1780; murió en París en 1857.

los catorce años, Béranger, que vivía en Perona, entró de cajista en una imprenta; ni cursó las aulas, ni estudió latín; y los admiradores que le pusieron al nivel de Horacio, mejor debieran compararle al verde y fresco Lafontaine, saturado, como Béranger, de lo que llaman allende el Pirineo *gauloiserie*. Aunque Béranger se alababa de haber despertado á las abejas en el monte Hymeto, lo cierto es que carecía de humanidades.

Volvió á París Béranger, y dejando correr los días de la mocedad entre la miseria, alegremente combatida (¡qué bien se pasa en una buhardilla á los veinte años!, dice el estribillo de una de sus canciones), empezó á brujulear su vocación literaria. En aquel período fué Chateaubriand—¡quién lo dijera!—el que subyugó su fantasía y el modelo que se propuso; y antes de conseguir el hallazgo de un género propio, la viva y sucinta *chansonnette*, Béranger escribió *Meditaciones* y hasta ensalzó en rimas soporíferas el restablecimiento del culto. Por fin, en 1813, con una oportunidad fulminante, con una malicia transcendental, lanzó su primer canción, la famosa titulada *El rey de Ivetot*: he aquí dos estrofas traducidas en prosa:

«Había una vez cierto rey de Ivetot, de quien la historia no hace gran caso. Se acostaba temprano, se levantaba tarde, y dándosele un comino de la gloria, dormía tan ricamente. Su corona era un gorro de algodón: en su palacio, de techo pajizo, hacía cuatro comidas diarias, y recorría el reino montado en un asnillo, sin

más guardia ni escolta que un can. No sería gravoso á sus vasallos si no padeciese una sed inextinguible; á cada moyo de vino le cargaba de impuesto una olla; pero, ¡qué diablo!, un rey que hace felices á sus súbditos, también es justo que viva y beba.»

Relacionemos con las circunstancias la cancioncilla y comprenderemos su efecto. Era el momento en que las guerras de España y Rusia, infaustas para las armas francesas, habían engendrado descontento profundo; en que Napoleón pedía á la nación, exhausta, no la olla de vino del buen rey de Ivetot, sino nuevos é incalculables sacrificios de dinero y 300.000 soldados más; en que Luis XVIII, en cambio, ofrecía desde el extranjero paz y amnistía; en que todas las potencias europeas se coaligaban contra Francia, y los aliados disponíanse á marchar sobre París; el momento en que se acercaban la abdicación, Elba y después Santa Elena. El pacífico rey de Ivetot, que se ríe de la gloria, que no estruja al pueblo, parecía un ideal. Los liberales vieron en *El rey de Ivetot* la sátira del despotismo; los partidarios de la Restauración, el elogio de las tendencias que representaba. Napoleón hubiese podido ver en la canción satírica una lección de filosofía profunda; el rey de Ivetot, con su gorro de algodón por diadema, caballero en su jumento, era más feliz que el árbitro del mundo.

Lo curioso es que Béranger, después de estrenarse con la apología de la paz, apenas cae Napoleón, siéntese inflamado en ardor bélico y